

Apropiaciones infelices de la palabra performance

No hay mejor método para dejar una manifestación desprovista de su contenido subversivo que comenzar, poco a poco, a utilizar su nombre en indiscriminados contextos. En la reseña de la inauguración del Centro de Ciberarte, aparecida en La Nación del **6 de Abril**, leemos bajo una de las fotos de la fiesta “Pasacalles y performance”. No nos queda muy claro si la foto muestra una actividad que el autor considera fusión creativa de ambas manifestaciones o si fueron presentadas cada una por aparte y fotografiada solamente una. El pasacalles es una expresión caracterizada por el recorrido de un grupo por calles principales y plazas, vistiendo trajes alegóricos, tocando instrumentos y anunciando algún acontecimiento. Por ello ha sido, históricamente, un recurso útil para difundir ideas y generar opiniones de diversos sectores, de ahí que se le encuentre en celebraciones tales como fiestas patrias. Por tanto, este género no puede ser igualado a la performance, que nació de la resistencia a la oficialidad y a los límites del arte. En Latinoamérica, la performance es una práctica que suele exhibir problemáticas profundas y que está asociada con demandas ciudadanas y lucha por derechos, por poner un par de ejemplos. La performance, si guarda los principios que le dieron origen, jamás se aproximaría a una celebración patria de no ser para parodiarla, para tomar sus contenidos, exponer sus caras ocultas, exhibir las relaciones de poder, las historias no contadas, los intereses que subyacen a los discursos nacionales y nacionalistas. Tomemos a costarricenses como ilustración de lo anterior. En una de sus últimas acciones titulada “Sudor de inmigrante”, Habacuc materializa la metáfora poniendo a la gente que asiste a la exposición a comer comida que fue, literalmente, cocinada con sudor de cuerpos de diversas personas trabajadoras, recogido con un trapo húmedo y exprimido en el proceso de cocción. O bien, pensemos en la acción de Oscar..... “Secado al sol”, durante el cual resume más de cien años de historia costarricense realizando las acciones propias del proceso de secado y empaque en sacos del café sustituyendo el “grano de oro” por piezas de computadora. Ambas están lejos del sentido meramente lúdico y celebratorio, en ellas leemos situaciones que nos tocan de manera profunda. De modo que tomar la palabra performance para relacionarla con un contexto contrario a las bases mismas de esta manifestación, es decir para una presentación oficial y oficialista, parece una estrategia, pues ya sabemos que no hay periodista inocente y que ninguno puede alegar desconocimiento del significado de las palabras que utiliza. Dicha estrategia consistiría en apropiarse de la palabra mencionándola de forma aparentemente neutral, como algo indefinido entre pasacalles y el significado en inglés de la palabra performance, esto es, algo amplísimo y aplicable a cualquier cosa. Entonces, si la palabra performance continuara siendo utilizada para generalidades sin importar su contenido, asistiríamos a una ganancia de la ideología dominante que, como ya sabemos, tiene que absorber prácticas no deseadas y presentarlas torcidas y moldeadas a sus intereses para mostrarse negociadora y flexible. Llamar performance a algo presentado en el marco de esta inauguración que, más que eso, fue un acto político importante y eficaz (igual que la pronta e irresponsable inauguración que hizo la administración Arias de la carretera a Caldera o la próxima del Hospital de Heredia y del aeropuerto que estará listo recién en diciembre), es reflejo de la relación, fuerte y sutil, de un sistema que se dice democrático y que en nombre de ello debe “permitir” amplitud de opiniones. Se invita a la performance pero, implícitamente, “se aplican restricciones” que no necesitan ser

exteriorizadas antes de la acción porque ya las llevamos adentro desde la cuna y el sistema confía ampliamente en la auto-censura. Antes y después de un Festival Internacional de las Artes, del cual, pese a las protestas de artistas nacionales se les excluyó y destinó al patio de butacas, utilizar artes y artistas para propaganda política es una movida fina y sucia, vieja pero siempre valiosa. Que las artes son un campo de expresión con un potencial alto de peligrosidad lo sabe todo sistema. De ahí que convenga más tomar sus elementos para despolitizarlos y re-politizarlos, en tanto mostrados al servicio de la espectacularidad política.